

una tropa de hombres viles é infames, y la mayor parte criados de los fariseos y del sumo Sacerdote, teniendo por su capitan al traidor Júdas. Este apóstata, sabiendo lo mucho que amaban al Salvador sus discípulos, temía no saliesen á la defensa, y se le quitaran de sus manos, ó que aquellos perversos, no conociendo al Salvador, especialmente siéndo de noche, se equivocasen y prendiesen á algún otro; y así les había dicho que tuviesen cuidado de prender al que él besaria, y que le llevasen con mucha precaucion. Luego que el traidor se adelantó hácia Jesus, y llegó junto al Salvador, le dixo: (*Luc. 22.*) Maestro, Dios te salve, y le besó. Jesus se contentó con decirle: *Amigo, ¿á que has venido? Júdas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre!*

La sola presencia de Jesucristo hizo tal impresion sobre aquella canalla, que quedáron todos inmóviles. Conociendo el Salvador su terror, les dixo con aquel ayre de magestad, y con aquel tono de Señor que hace temblar á todo el inferno: ¿A quien buscais? A Jesus Nazareno, respondieron ellos: Yo soy, les dixo Jesus; queriendo hacerles ver que él mismo se entrega voluntariamente á la muerte. Luego que Jesus les hubo dicho, yo soy, fuéron sobrecogidos de un terror tan grande, que retrocedieron y cayéron en tierra de cerebro; tanta verdad es, que baxo la figura de esclavo y la condicion de hombre no podía Jesus dexar de hacer ver, ó á lo menos sentir que era el Hijo de Dios.

Habiéndoles hecho levantar, les dixo, que pues él era á quien buscaban, executarán sus órdenes; que podían haber excusado venir con espadas y lanzas á prenderle como á un ladrón, cuando siempre se había presentado en público entre ellos sin armas y sin defensa. Pero añadió el Salvador: Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas; al presente todo les es permitido á las potestades del inferno: el demonio tiene licencia para exercer sobre mí todo su furor por el ministerio de los que se gobiernan por su espíritu y son sus esclavos. Viendo Pedro que iban á prender á su buen Maestro, se puso á defenderle, y dando contra el primero que encontró (era éste uno de los criados del sumo Sacerdote, llamado Malco) le cortó la oreja de una cuchillada. El

Salvador reprendió á Pedro, y tocando la oreja de Malco, le sanó. Habiendo permitido Jesus que pusieran las manos en él, le atáron como á un delincuente, y le llevaron á casa de Anás, que había sido sumo Sacerdote, y que todavía era mirado como el príncipe de los sacerdotes. El tal Pontífice al instante dió aviso de lo que pasaba á Cayfas su yerno que le había sucedido en el ejercicio de su empleo, para que hiciese juntar el gran consejo, y no se perdiera un momento de tiempo para deshacerse de aquel hombre. Fue tan grande el gozo que tuvieron entonces los principales del pueblo y de la sinagoga, quanto habían temido no poderle prender jamás, y porque se habían rezelado siempre que se les había de escapar de las manos por medio de algun milagro, dexándolos siempre en la duda de que fuese ó no verdaderamente el Mesías. Su prision les aquietó, y les hizo esperar que conseguirían perderle, y con su muerte convencerse que no era el Hijo de Dios ni el Mesías.

§. LIII.

*Jesucristo en casa de Anás y de Cayfas, en donde dice que es el Hijo de Dios.*

Mientras se juntaba el consejo, Anás lleno de gozo por tener preso y en su presencia á Jesucristo, le hizo muchas preguntas sobre su doctrina y sus discípulos. Respondióle Jesus, que él nunca había dogmatizado en secreto, que su doctrina era conocida de todo el mundo, y que sobre esto podía él mismo informarse de los que le habían oido. A estas palabras, uno de los ministros que estaban al lado de Jesus tuvo la insolencia de darle una bofetada, diciendo: ¿Así respondes al pontífice? (*Joan. 18.*) Queriendo Jesus hacer ver que no había faltado al respeto debido al pontífice, le replicó: *Si he hablado mal, dime en qué; y si bien, ¿por que me hieres?* Si el Salvador hubiera callado, su silencio quizá se hubiera interpretado como confesion de una falta que de ningún modo había cometido; y su honor y el de su Padre pedían que su inocencia estuviera exenta de toda sospecha de culpa.

Entretanto, juntóse el gran consejo en casa de Cayfas, adonde llevaron al Salvador como á un reo para ser juzgado. Su muerte habia sido decretada unánimemente por todos los que le componian, aun antes de oírle; pero por guardar alguna apariencia de formalidad, hicieron venir algunos falsos testigos que habian sobornado, todos gente de la hez del pueblo; los cuales depusieron que le habian oído decir, Que aunque se destruyera el templo de Dios, él le reedificaria en tres dias: Jesus lo habia dicho en efecto, hablando del templo de su cuerpo que habia de ser como destruido por la muerte, y como reedificado tres dias despues por su gloriosa resurreccion; pero fuera de que los testigos sobornados no se convenian en lo que decian, todo cuanto se deponia contra él no era suficiente para hacerle reo. Viendo el sumo Sacerdote que Jesus no decia palabra, se levanta, y le dice: Te conjuro de parte de Dios vivo que nos digas si tú eres Cristo hijo de Dios bendito. Respondióle Jesus: *Tú lo has dicho que lo soy; y ademas os digo que de aquí á poco vereis al Hijo del hombre (Matth. 23.)* (este era el nombre que por lo comun tomaba el Salvador cuando solo quería hablar de su humanidad) *sentado á la diestra de la virtud de Dios venir sobre las nubes del cielo.* Oída esta respuesta por el Pontífice, rasgó sus vestiduras, (era esto mostrar que acababa de oír una blasfemia) y exclamó: Ha blasfemado; ¿para qué deseamos mas testigos? ¿No habeis oído vosotros mismos la blasfemia? ¿qué os parece? Respondieron todos que merecía la muerte; y le condenaron á morir. Condenado así á muerte Jesus por el Pontífice y por todos los que componian el sanhedrin ó gran consejo, fue entregado á la insolencia de los soldados y á la brutalidad de los criados, los cuales pasaron lo restante de la noche en usar con Jesus de toda suerte de burlas y de insultos en el atrio de palacio. Escupíanle en la cara, dábanle de puñadas; y hubo quienes al abofetearle, le decían por irrision: Cristo, muéstranos que eres profeta; adivina quién es el que te ha herido. Nunca reo, por infame que fuese, nunca esclavo el mal vil fue tan maltratado, tan ultrajado, ni se vió tan harto de oprobios; pero era preciso que todo lo que habia sido predicho del Mesías se

cumpliese en la adorable persona de Jesucristo; y que en él se cumpliese esta profecía: (*Thren. 3.*) *Saturabitur opprobriis: hartaráse de oprobios.*

## §. LIV.

*Niega Pedro á Jesucristo, y Júdas se ahorca desesperado.*

**P**edro, aunque poseido y lleno de miedo, no podia separarse de su buen Maestro: metióse en el átrio de palacio, donde el Salvador pasó la noche baxo la guardia y á la discrecion de los soldados y de los criados del Pontífice. Como las noches son frias al principio de la primavera en la Palestina, se habia encendido fuego en el patio de palacio para calentarse los que guardaban al Salvador. Habiéndose acercado Pedro á la lumbre, fue acusado por una criada de que era uno de los discípulos de Jesus: defendióse Pedro, y negó que le hubiese conocido jamás. Uno de los soldados, habiendo conocido por el habla que era galileo, le hizo la misma reconcion; y Pedro juró que no conocía á aquel preso; finalmente, una hora despues, viéndole á la lumbre uno de los criados del Pontífice, aseguró que ciertamente era uno de los discípulos de Jesus, que él le habia visto en el huerto cuando lo prendieron: entonces Pedro, asustado, y temiendo que le echasen la mano, afirmó por la tercera vez con juramento, que jamás le habia conocido. A este tiempo cantó el gallo segunda vez; y el Salvador, que no estaba lejos de allí, habiendo echado una ojeada amorosa sobre el cobarde discípulo, le hizo acordar de su prediccion. Conoció Pedro entonces su culpa; y penetrado del mas vivo dolor, se salió afuera hecho un mar de lágrimas, y pasó tres dias en llorar amargamente su infidelidad.

Al amanecer del dia siguiente se tuvo todavía otro consejo pleno de los sacerdotes, de los ancianos y de los doctores de la ley en la sala del sanhedrin: hicieron comparecer al Salvador en calidad de reo, preguntáron-

le de nuevo si era Cristo y el Mesías; respondiéndole Jesus. (*Luci. 22.*) : Si os lo digo, no me creereis; y si os pregunto alguna cosa, no me responderéis ni me soltareis, porque mi hora ha llegado ya. Solo os digo que el Hijo del hombre, que está aquí, estará bien presto sentado á la diestra de Dios Padre. Dixéronle entonces todos: ¿Luego tú eres el Hijo de Dios Padre. Respondiéndole Jesus: *Vosotros decís que lo soy.* Al oír esto exclamaron tumultuosamente: ¿Qué necesidad tenemos de otro testimonio, una vez que nosotros mismos acabamos de oírsele decir por su propia boca? Y habiendo entonces pensado en los medios que debían tomar para hacerle morir, resolvieron entregarle á Poncio Pilato, gobernador de la Judea por los romanos, por no tener ellos facultades para quitar á nadie la vida.

Mientras sucedía esto, sabiendo el traidor Júdas que Jesus habia sido condenado á muerte, atormentado horriblemente por los remordimientos de su conciencia, espantado de la enormidad del delito que habia cometido, y penetrado de un pesar vivo, pero puramente natural, se fue al templo donde estaban algunos sacerdotes y ancianos ocupados en sus ministerios; y llevándoles las treinta monedas de plata, les dixo: ¡He pecado entregando la sangre del Justo! ¿Quién dixera que una confesion como ésta no debia haber movido á aquellos impíos? Sin embargo, ellos se contentaron con decirle: ¿Qué se nos da á nosotros de eso? Miráraslo antes. Viendo aquel desventurado que nada remediaba con su retratacion, en lugar de recurrir á la infinita bondad de su buen Maestro, que ciertamente hubiera tenido misericordia de él si se hubiera arrepentido de veras, se abandonó á la desesperacion; y habiendo arrojado los dineros en el templo delante de los sacerdotes, se fué de allí, y se ahorcó. Cogiéron el dinero los ancianos, pero no quisieron echarle en el tesoro del templo, porque era, decían ellos, precio de sangre; sino que compraron con él el campo de un ollero para que sirviese de sepultura á los peregrinos; y este campo se llamó desde entonces *Hacéldama*; esto es, el campo de la sangre. Así se vió cumplido lo que habia predicho formalmente el profeta Zacarías: (*Zach. 11.*) Que Cristo se-

ría puesto en venta, que sería vendido en treinta monedas de plata, y que con este dinero se compraría el campo de un ollero.

§. LV.

*Jesucristo en casa de Pilato, quien le declara inocente.*

Llevaron, pues, al Salvador con las manos atadas como un reo de estado de casa de Cayfas al pretorio, esto es, al palacio del gobernador. Habíase extendido por la ciudad desde el día antecedente el rumor que los doctores de la ley, los príncipes de la sinagoga y los magistrados habian en fin descubierto que aquel Jesus, á quien hasta entonces habian mirado como á un santo y como á un hombre enviado de Dios, era un impostor y un falso profeta; que todo cuanto habia obrado de estupendo y de milagroso habia sido un puro embaucamiento; que era un hechicero y un mágico; que solo echaba los demonios por obra de Belcebub, y que por la misma virtud habia hecho todos los otros milagros. Este falso rumor, que se habia tenido gran cuidado de esparcir desde la tarde antecedente, y que se tenia cuidado de darle cuerpo con todo género de falsedades y de calumnias; este rumor, digo, hizo una extraña impresion en todos los espíritus; de suerte, que toda la buena opinion y veneracion en que el pueblo le habia tenido hasta entónces, se convirtió en horror, en execracion y en rabia; y esto fue lo que hizo gritar *Tolle, tolle*, á aquellos mismos que tres días antes habian gritado *Hosanna in excelsis*.

Habiendo visto Pilato á Jesus en figura de reo, salta de su dosel, y va á preguntar á los judíos, por qué delito le pedían la muerte de aquel hombre. Ellos le responden en general: Si no fuera malhechor no te pediríamos su muerte. Dixoles el Gobernador: Juzgadme, pues, vosotros mismos segun vuestras leyes y vuestras costumbres; pero ellos le replicaron, que no les era permitido matar á nadie. Todo esto no era otra cosa sino cumplirse lo que Jesus habia predicho á sus apóstoles; que

sería entregado á los gentiles para ser crucificado. No satisfaciéndose Pilato con aquellas vanas acusaciones, les preguntó, de qué delito en particular era reo aquel, cuya muerte le pedian. Es un sedicioso, dixéron ellos, que alborota y subleva el pueblo, prohíbe pagar los tributos debidos al César, y dice tambien que es el Mesías que estaba prometido por rey de los judíos.

Habiendo oido Pilato estas tres acusaciones sin ninguna prueba, conoció que todo aquello era una querrela de pura envidia y de pasión. La modestia, la mansedumbre y la serenidad que resplandecian en el semblante de Jesucristo, juntas á su tranquilidad, eran unas pruebas visibles de su inocencia. Entróse, pues, en la sala del tribunal: hizo le traxeran al acusado, y le preguntó sobre los tres capítulos de que le acusaban; pero el Salvador guardó un profundo silencio, resuelto á no hablar palabra en su defensa. Atónito de esto el Gobernador, le dixo: ¿Cómo no respondes á lo que te pregunto? ¿No oyes lo que dicen esos contra ti? Viendo Pilato que Jesus nada decia, no dudó que hubiese algun misterio en aquel silencio. ¿Es verdad, le dixo, que eres tú rey de los judíos? Díxole entonces Jesus con su mansedumbre y modestia acostumbrada: ¿Esto lo dices tú de tu motivo y á fin de conocer la verdad, ó es porque los judíos te han hecho creer que yo pretendo usurpar el reyno de Judea? ¿Acaso soy yo judío, replicó Pilato, para saber quién es ese rey de los judíos y ese Mesías? Los de tu nacion te han entregado á mí: ¿Qué has hecho? ¿qué motivo les has dado para que crean que aspiras al cetro? Entonces Jesus le dixo sin rebozo: Mi reyno no es de este mundo: no baxé del cielo para hacerme rey de la tierra, para exercer acá abaxo un poder temporal, ni para establecer un imperio semejante al del príncipe á quien tú sirves; esto es, no baxé para imponer tributos, levantar gente de guerra, fortificar plazas y dar gobiernos (Joan. 18.). Si mi reyno fuera de esta naturaleza, mis soldados y mis oficiales me vendrian á defender, y hubieran sabido muy bien librarme de las manos de los que quieren perderme; pero como te he dicho, mi reyno no es de acá abaxo. ¿Luego eres rey? replicó Pilato. Sí lo soy, como tú

lo dices, respondió Jesus; pero es en el sentido que te he dicho: he nacido y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad; y cualquiera que está de parte de la verdad, oye mi voz.

Oidas estas respuestas de Cristo tan concertadas, cogió de ellas Pilato, aunque pagano, que en aquel hombre habia alguna cosa de divino. Preguntóle por último: ¿Qué cosa es verdad? Pero como si hubiera temido saberlo, sin aguardar respuesta se volvió á los judíos, y les dixo: Yo no hallo en este hombre causa alguna para condenarle. A este tiempo la muger de Pilato le envió un recado, diciéndole: No te metas en la causa de ese hombre justo, porque en un sueño, que he tenido esta noche, me han representado muchas cosas tocantes á él. Muchos santos padres atribuyen este sueño al demonio, que empezaba ya á temer que Jesucristo fuese verdaderamente Hijo de Dios, y por consiguiente el Mesías, que con su muerte habia de redimir al linage humano. Como quiera que fuese, convencido Pilato de su inocencia, estaba resuelto á remitirle plenamente absuelto. Advirtiéronlo los pontífices y los ancianos, y esto les hizo pedir su muerte con mayores instancias. Debe ser condenado á muerte, gritaban, como un perturbador de la quietud pública, y porque ha tres años no cesa de enseñar máximas perniciosas desde Galilea hasta Jerusalem. Estas pretendidas perniciosas máximas eran la pura ley de Dios, y se reducian á que descubria su hipocresía, y condenaba la corrupcion de sus costumbres; y como esto incomodaba á su amor propio y á su soberbia, no tenian otro modo de vengarse de él, que diciendo era un sedicioso, y que enseñaba unas máximas perniciosas al estado y á la religion.

## §. LVI.

*Jesucristo enviado á Herodes, y vuelto á enviar á Pilato; quien, aunque persuadido de la inocencia del Salvador, le hace cruelmente azotar.*

Oyendo Pilato hablar de Galilea, creyó haber halla-

do modo para salir del embarazo en que se hallaba, y no tener parte en la sentencia de aquel inocente. Preguntó, pues, á los judíos, si Jesus era súbdito de Heródes tetrarca; es decir, del gobernador en gefe de Galilea, el cual á la sazón se hallaba en Jerusalem; y sabido que Jesus pasaba por galileo, remitió el acusado y los acusadores á Heródes. Holgóse éste mucho de ver á un hombre de quien habia oido contar tantos prodigios, esperando que haria en su presencia algun milagro estupendo; pero un tirano que tenia aún las manos teñidas con la sangre de san Juan Bautista; un príncipe infame sin honra y sin religion no merecia que el Salvador contentara su curiosidad y sus vanos deseos. Y así, aunque le hizo muchas preguntas frívolas, como habia hecho morir al que se decia la *Voz del Mesias*, no se dignó Jesus responderle ni una palabra. Este silencio admiró mucho á Heródes, quien trató á Jesus de insensato; y habiéndole hecho revestir por irrisión de un manto blanco, que al mismo tiempo no dexaba de ser figura de la inocencia del Salvador, despues de haberle despreciado, con su ejército y su corte, le remitió á Pilato; lo que fue ocasion para que se reconciliaran los dos, habiendo sido hasta entonces enemigos uno de otro.

Persuadido Pilato cada vez mas de la inocencia del Salvador, y convencido plenamente de que todos los capítulos de que le acusaban eran unas puras calumnias, hizo demostracion de querer declararle inocente: envió á llamar á los principales de los judíos, y les dixo públicamente que no hallaba en aquel hombre cosa que mereciese castigo: que el mismo Heródes, mas instruido que él en su ley, no le habia encontrado tampoco reo: que no obstante, para contentarlos no le enviaria absuelto sino despues de haberle hecho castigar, para que no se metiera en mas dogmatizar y en predicar al pueblo: callejuela harto injusta para salvar á un hombre reconocido y confesado inocente en todos los tribunales; pero no se debía esperar la menor apariencia de justicia en la muerte del hombre mas inocente y justo que hubo ni habrá jamás.

Como el pueblo judáico acostumbraba pedirle la libertad de un reo en la fiesta de pascua, Pilato, persuadido á que la envidia de los sacerdotes y doctores de la ley

hacia todo el delito de aquel inocente, creyó que encontraría mas justicia, mas razon y mas humanidad en el pueblo que en los gefes; y así les propuso á cuál de dos querian que pusiera en libertad (estaba en posesion de pedir la soltura de un reo en su fiesta de pascua); á Jesus cuya santidad era universalmente conocida de todos, y que jamás les habia hecho sino bien; ó á Barrabás, famoso bandolero y ladron, que en una sedicion habia hecho una muerte. ¿Quién hubiera pensado jamás que un malvado de profesion, que un asesino habia de ser preferido á Jesucristo? Lo fué no obstante, porque los príncipes de la sinagoga habian fascinado y embaucado al pueblo, el cual, olvidando de un golpe todo lo que habia admirado en el Salvador, pidió á voces que se pusiera en libertad á Barrabás, prefiriéndole al Hijo de Dios. Pilato, sorprendido é indignado al mismo tiempo de una preferencia tan injusta, les dixo: ¿Y qué quereis que haga de Jesus? Respondieron todos á voces: *Crucifícale*. Replicóles Pilato con un tono de indignacion: ¿Qué mal ha hecho este hombre? Pero el pueblo, levantando mas el grito, no cesaba de clamar: *Crucifícale, crucifícale*: creyó Pilato que el medio de aplacar el furor y la rabia del populacho era poner á Jesus en un estado capaz de causar lástima á los mas inhumanos y mas furiosos. Mandó, pues, que rasgasen las espaldas á Jesus con un torbellino de azotes, hasta ponerle en estado de mover á compasion á los mas bárbaros. Executóse la orden con tanta crueldad, que aquel adorable cuerpo, naturalmente tan delicado, parecia un esqueleto. Solo se cesó de descargar sobre él quando se le vió á punto de espirar. Sin duda no hubiera sobrevivido el Salvador á un tan horrible tormento, si no hubiera prolongado su vida por milagro para sacrificarla en la cruz.

Todo es extraordinario, todo es contra todo sentimiento de razon y de humanidad en la pasion de Jesucristo: un Hombre-Dios es quien padece, y padece como Hombre-Dios. Luego que le hubieron desatado de la columna ó poste á que le habian atado, echáron sobre él un manto viejo de púrpura ó grana. Lo que muestra claramente que todo era excesivo, todo monstruoso en aquel brutal procedimiento, es, que aquellas furias del infierno, juntando

la irrisión y el insulto á la crueldad, pasáron á ponerle en la mano una caña en forma de cetro, y en la cabeza una corona de espinas; y doblando la rodilla delante de él, le decían por irrisión: Dios te salve, Rey de los judíos; y escupiéndole en la cara, tomaban tambien la caña, y le daban con élla en la cabeza para que se metiesen mas en élla las espinas de que estaba coronada.

§. LVII.

*Jesucristo condenado á ser crucificado.*

Jamás se vió espectáculo mas lastimoso: desde la coronilla de la cabeza hasta las plantas de los pies no era sino una llaga (*Isai. 1.*): *A planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas.* Jamás alguna profecía se cumplió mas visiblemente. (*Thren. 3.*). *Saturabitur opprobriis.* Jamás hombre alguno se vió mas harto de oprobios que Jesucristo. Era Jesus un espectáculo tan horrible, que el mismo Pilato, con ser pagano, se horrorizó al verle, y creyendo que no podia haber corazón humano tan bárbaro que no se enterneciera al verle, le hizo asomar á un balcon, y mostrándole á los judíos, les dixo: *Ecce homo: veis aquí al hombre*, cuya muerte me pedis con tanta obstinacion y furor: ¿le conoceis? ¿estais contentos? ¿le tendréis todavía envidia? *Veis aquí al hombre* que acusábais que queria hacerse vuestro rey: ¿temeréis despues de esto que se llame de hoy en mas el Mesías? ¿Quien no hubiera creído que la vista de un objeto tan lastimero habia de haber movido á compasion á aquellos hombres? Un vil animal en semejante estado causaria, á lo ménos horror á los hombres. Pero los judíos se encarnizaron mas en pedir su muerte; y así exclamaron: *Tolle, tolle*; crucifícale, crucifícale, ha dicho que era Hijo de Dios, y así es preciso que muera.

Al oír Pilato *hijo de Dios*, se sobresaltó todavía mas; y descubriendo en la obstinada furia del pueblo, y en la paciencia y silencio del Salvador alguna cosa que no le parecia natural, se volvió á entrar en la sala, y habiendo hecho que le traxesen á Jesucristo, le preguntó de nuevo sobre su nacimiento, sobre su país, sobre su origen y su

cualidad; pero Jesus no le respondió palabra. Pilato, cada vez mas atónito, le dixo: ¿No sabes que tengo poder para hacerte morir en una cruz y para librarte? ¿Cómo, y á qué fin este silencio? No tuvieras sobre mí ningun poder, dixo entonces Jesus, si no se te hubiera dado de lo alto, para que se cumplan los designios de la divina providencia; por esto los que me han entregado á ti son mas culpables que tú. Esta respuesta, llena de misterios, movió á Pilato á hacer nuevos esfuerzos para librarle; pero los judíos, que conocian la floxedad y cobardía del gobernador, exclamaron: Si no das la muerte á este hombre que ha querido hacerse rey, te declaras enemigo de tu príncipe. Esta reconvencion le aterró, y viendo que el tumulto tomaba cada vez mas cuerpo, se sentó en su tribunal; y habiendo mandado que le traxesen agua, se lavó las manos á vista del pueblo, y protextó que no tenia parte alguna en la muerte de aquel justo, y que no queria ser responsable de su sangre. Entonces el pueblo exclamó: Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos; que fue como decir: nosotros nos cargamos con el delito, y salimos á la pena que deba venirnos por su muerte. Esta imprecacion cayó tan visiblemente sobre aquella desventurada nacion, que todavía lleva sobre sí la pena de un delito tan negro, y llevará hasta el fin de los siglos. Cediendo Pilato á un vil respeto humano, y yendo contra su propia conciencia, dió la sentencia y condenó al Salvador del mundo á ser crucificado. Jamás se vió juicio mas injusto ni mas irregular. El mismo juez que dió la sentencia puso al cielo por testigo de la irregularidad de élla. Pero despues que un Dios se ha dignado hacerse hombre, y este Dios hecho hombre ha querido morir para satisfacer á la justicia divina por todos los hombres, no hay que esperar sino excesos, sino hechos los mas incomprendibles al espíritu humano.

Como cuando se pronunció la sentencia era la víspera del sábado, se aceleró la execucion: arrancáronle al Salvador el manto de púrpura con que estaba cubierto el cuerpo; pero como aquel adorable cuerpo era todo una llaga sangrienta, habíase pegado el manto con los huesos de modo, que al arrancarle fue preciso arrancarle los pedazos de carne que habian quedado sobre aquel sagrado